

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.
Provincias: 7,50 id.
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

La Ilustración de los Niños

OFICINAS

Montera, 53, segundo
MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.
Anuncios y esquelas de defunciones de niños á precios convencionales.

SUMARIO

I. La enseñanza elemental.—II. La Caridad.—III. Los hombres de ciencia son los verdaderos héroes.—IV. Contra envidia, caridad.—V. La música.—VI. El castillo del Burgrave.—VII. El padre Mariana.—VIII. Fábula.—IX. Justicia reparadora.—X. Todo.—XI. Suetos.

LA ENSEÑANZA ELEMENTAL

Si la riqueza es consecuencia lógica de la instrucción, no tenemos para qué encomiar la importancia de las escuelas y la alta conveniencia de esparcir los beneficios de la enseñanza: esto está ya demostrado hasta la saciedad y no insistiremos; pero tampoco abandonaremos el tema que nos sirve de epígrafe, mientras se denuncie en la prensa la falta de pago á los maestros ó escudriñemos en la estadística los progresos de la ignorancia.

Al hacerse cargo de sus elevados puestos los actuales señores ministro de Fomento y director de Instrucción pública, saludamos su advenimiento al poder, llenos de júbilo, alimentando justas y fundadas esperanzas de que se corregirían los pasados errores en plazo muy breve. Hoy alimentamos las mismas esperanzas, creemos firmemente que las reformas en la Instrucción primaria se harán, y se harán á tenor de lo que se ha practicado para favorecer la enseñanza superior y en armonía con lo que se ha legislado en otros ramos dependientes del mismo elevado centro administrativo; pero no podemos resistir á la tentación de reproducir alguna de las querellas continuas de la prensa y de hacer un cuadro comparativo de la instrucción que alcanzan en el día los Estados-Unidos de América respecto de nuestra patria, para que se comprenda la urgente necesidad de ocurrir á implantar en España las anheladas reformas de la primera educación, y vindicarnos al propio tiempo del cargo de impacientes que pudieran dirigirnos los encargados de estudiar tan importante y vital asunto.

Más de veinte mil duros se deben á los maestros de la provincia de Cádiz, ochenta mil á los de Granada, y más de cien mil á los de Valencia, según la prensa de provincias, y si bien es cierto que hay honrosas excepciones que aplaudir, muchas capitales tienen á la misma altura tan preferente atención.

Pues bien: mientras los intereses del profesorado estén desatendidos, la instrucción no saldrá del lamentable *statu quo*, de la postración en que hoy se encuentra: mientras la educación elemental no se difunda, no darán gran paso los intereses generales y nuestro prestigio estará al nivel de los pueblos pequeños é ignorantes.

Esto lo saben perfectísimamente bien los hombres que están al frente del ramo de Instrucción, y nosotros les hacemos la justicia de creer que están animados de un firme propósito reformador; mas no por eso hemos de cejar en el nuestro de que esas reformas se lleven á cabo seguidamente, sin tener para nada en cuenta las vacaciones y reuniendo por extraordinario al Consejo Supremo de Instrucción pública, si el concurso de este alto cuerpo fuera indispensable para resolver en definitiva con bases sólidas é indestructibles.

Las medidas que afectan á la Instrucción pública son las más prácticas, las más útiles y las de más perentoria necesidad, y para acometerlas no deben interponerse las vacaciones ni obstáculos de ningún género.

Tal lo creemos y así lo aconseja nuestra modestia con las protestas de nuestro profundo respeto á los poderes públicos.

Sírvanos de ejemplo y estímulo el cuadro de instrucción que representa los Estados-Unidos de América; ese país rico, floreciente y envidiado por todos los pueblos de la vieja Europa, aún en la aurora de la vida.

Solo en el Estado de New-York hay más de 11.000 escuelas gratuitas. El valor de los locales y mobiliario pasa de treinta millones de duros, y durante el año pasado se gastaron en ellas un millón ciento cincuenta mil duros.

El número de niños y jóvenes de ambos sexos que concurrieron á dichas escuelas, en su máximo, fué 1.031.500; es decir, los dos tercios de los habitantes del Estado, menores de veintiún años.

El coste de estas escuelas ascendió en 1880 á más de diez millones de pesos.

Los haberes de los maestros, que importan seiscientos setenta y cinco pesos anuales en las ciudades y trescientos sesenta y nueve en los pueblos rurales, entran en el total de gastos por más de siete millones setecientos cincuenta mil pesos.

De los treinta mil setecientos treinta profesores, una tercera parte es de hombres, y las veinte mil que forman el resto son maestras con título académico.

No obstante estas sumas fabulosas, si se comparan con las que España destina á tan importantísima como preferente atención, el presidente Mr. Garfield no se encuentra tranquilo por el porvenir de aquel país, pues en el discurso que ha pronunciado al tomar posesión de la presidencia, ha dicho: «Hay que esparcir la instrucción, pues los últimos censos demuestran que la ignorancia aumenta; y si se dejan continuar sus progresos, se perderá todo.»

Pues bien. Si nuestra opinión parece insignificante y pesa poco en el juicio público,

ahí está la autorizada palabra de Mr. Garfield, jefe de un Estado tan próspero é instruido como los Estados-Unidos de América, que al robustecer nuestros argumentos señala el camino para nuestra reorganización científica y para el desarrollo de los comunes intereses.

Tiene muchísima razón Mr. Garfield: si progresa la ignorancia, todo se pierde.

Acudamos solícitos á destruirla, cultivemos las inteligencias, fomentemos el estudio y las aficiones al trabajo, vencamos añejas y vulgares preocupaciones, suplamos con libros los premios que hoy se otorgan al escolar, puesto que esto es más adecuado y fructífero; dotemos bien el magisterio y habremos salvado el porvenir; pues si el hombre aplicado é instruido es la base de la familia, la suma de las familias es el Estado: si el individuo ilustrado se enriquece, el Estado será rico y ocupará entre los pueblos cultos el lugar á que por su historia tiene indisputable derecho.

Ilustremos, pues, al país, favoreciendo sin descanso la enseñanza elemental.

JOSE NOVI Y PEREDA

LA CARIDAD

POESÍA LEIDA EN LA FUNCION DADA EN EL CIRCO DE RIVAS Á BENEFICIO DEL HOSPITAL DEL NIÑO JESÚS EL DÍA 21 DEL PASADO JUNIO

Allá en el fondo sombrío
de una bohardilla, tormento
de los rigores de estío,
de las ventiscas, del frío
y de la furia del viento,

Apurando la invernada
de una noche sin fortuna,
se ven en triste velada
una madre arrodillada
y un pobre niño en su cuna.

Sobre la cuna, amorosa
la madre, con tierno arrullo
dobla la frente angustiada,
como se inclina una rosa
para besar su capullo.

Contempla muda y sublime
la prenda de su cariño,
y el corazón se le oprime,
¡que el niño solloza y gime
y está muy débil el niño!

«¡Ven!—exclama, y como loca
lo suspende en un abrazo,
y lo besa y lo coloca
en el maternal regazo,
y así prosigue su boca:—

«¡Oh tesoro de mi anhelo,
¡vida de mi corazón!
¿Por qué bajaste del cielo
para apurar en el suelo
la copa de la aflicción?

¿Acaso Dios no tendría
de tu existencia piedad?
¿Dispone la suerte impia
que así amanezca tu día
en deshecha tempestad?
¡Sér de mi ser desprendido,
dulce retoño de amor,
apenas eres venido
y ya te encuentras prendido
en las mallas del dolor!

Si en tu desdicha fatal
buscas un padre, ¡tu padre
se encuentra en un hospital!
Y solo gana tu madre
un miserable jornal.

¿No habrá una mano clemente
que me alivie de esta cruz?...
Sonó un ¡sí! volvió la frente,
y alumbrarse de repente
vió la estancia en viva luz.

Un ángel, con la hermosura
de la celestial altura,
y blanco como el armiño,
avanza, se acerca al niño
y lo mira con ternura.

—¿Quién eres, voz misteriosa,
que turba mi soledad?
pregunta la madre ansiosa,
y la vision luminosa
responde: ¡*La Caridad!*

Desde su mansion serena,
que te socorra me ordena
Dios, y hácia tí me dirijo.
¡Soy el calmante á tu pena
y la salvacion de tu hijo.

Manantial de amor fecundo
vengo á reemplazarte yo,
si es reemplazable en el mundo
ese cariño profundo
del sér que nos engendró.

Puro bálsamo destilo
sobre tu pecho intranquilo,
sobre tu vida sin calma:
¡vengo á ofrecerle un asilo
á ese pedazo de tu alma!

Aunque enfermo y triste va,
no temas y en mí confía;
más hermoso volverá,
y entonces se inundará
tu corazon de alegría.

Dijo, y al niño tomó
del regazo diligente;
la madre se despidió
con un suspiro doliente,
y el ángel desapareció.

.....
.....

Y aquel niño, flor herida,
pimpollo que en su rosál
hábil jardinero cuida,
exhuberante de vida
volvió al seno maternal.

¡Bendiga Dios en el cielo
á la virtud de más prez,
á la que sirve en el suelo
de refugio y de consuelo
y de amparo á la niñez!

¡Honre la tierra al cristiano
generoso corazon,
que no retira la mano

cuando agoniza un hermano
en el mar de la afliccion!
¡Pues creo que Dios hundiera
el mundo en la eternidad
y desquiciara la esfera,
el día en que no luciera
el sol de *La Caridad!*

MÁRCOS ZAPATA

LOS HOMBRES DE CIENCIA SON LOS VERDADEROS HÉROES

Continuamente estamos oyendo dar el nombre de héroes á hombres conocidos por su valor, famosos por sus muchas victorias, pero cubiertos muchas veces con la ignominia del delito. Por lo que, segun eso, la audacia y temeridad, seguidas de un éxito feliz, serian suficientes para formar un héroe.

Es muy cierto que el valor es parte de su carácter, le dá mérito, pero solo la virtud en el soldado, ayudada de la fortuna, puede aspirar al heroismo; y por más que la humanidad, la generosidad, la justicia y la moderacion se tengan por quimeras, ellas solas son los sublimes atributos que caracterizan á los héroes.

¿Y cuál será el estímulo suficiente que nos obligue á practicarlas?

El deseo de la gloria, que nace de la virtud y que se compone del respeto que todos nos vemos precisados á rendirla.

Es el hombre, por su naturaleza misma, amante de la gloria: este último sentimiento que la naturaleza ha grabado en todos los corazones, es un fuego secreto que procura alimentarse para dominar sobre todos; por esto se une á todo lo que puede inflamarle; de esto nace la admiracion y respeto que nos causan los grandes hombres; de esto el ardor que tenemos de asociarnos á su gloria; la gloria fué quien hizo volar á Aquiles al sitio de Troya, apartándole de los placeres de Scyros, y quien defraudó los ingeniosos intentos de una madre amante y temerosa; animado el hijo de Tetis con la idea de ser hijo de una diosa, se persuadió que era tan gustoso morir en los brazos de la gloria, como cruel el vivir con ignominia.

El deseo de la gloria fué el origen de tantas acciones esclarecidas con que se señalaron griegos y romanos; ella fué quien dió valor á los atenienses en Marathon y Salamina; la intrepidez á Epaminondas en Lenetre y Mantinea y el teson á los trescientos espartanos en las Thermópilas; estos habian aprendido en la escuela de Esparta la sabia máxima de que no es la duracion de la vida la que dá honor, sino el uso que de ella se hace.

Todas las leyes de Lacedemónia, animadas por el espíritu de Licurgo, se dirigian á formar héroes. Sencillez de costumbres, amor del bien público, constancia en despreciar la muerte misma, y gusto en sacrificarse por la patria. Todo esto contribuia en Esparta á la educacion de los hombres virtuosos, y la constitucion de su gobierno infundia en las almas una elevacion capaz de hacerla llegar al heroismo.

Si para merecer el renombre de héroe fuese suficiente superar grandes obstáculos, arros-trar los peligros, discurrir el mundo para so-juzgarle, espantar al universo con el valor, llevar consigo el estrago, la muerte y el horror, hacer infelices y esclavizar á los pueblos vencidos, ¿quién podria ser más héroe que Tiberio, Atila y Tamerlan, aquellos conquista-dores injustos, bandidos de las naciones, y peste del género humano?

El verdadero héroe es aquel cuya única guía es el amor de lo justo; su carácter es la beneficencia; la justicia arma su brazo, y la humanidad le desarma; que no solo no está sediento de verter sangre, sino que la que der-rama es para ahorrar mayor cantidad; sus armas las emplea contra enemigos soberbios que conviene abatir, y que importa á la seguridad pública tener sujetos. Hace guerra al príncipe ambicioso, que conviene tener encerrado en los estrechos límites de sus Estados, porque si no se le detiene, romperá infaliblemente el equilibrio que asegura la tranquilidad general, y quizás establece á su poder sobre las ruinas de los tronos que ha derribado, tanto más temible, cuanto su ardimiento le hace parecer fácil toda empresa, y que su astucia en aprovecharse de las ocasiones hace que emprenda y consiga felizmente lo que emprende.

El verdadero carácter de un héroe y el fundamento sólido de la verdadera gloria, consiste en no enriquecerse con los despojos de un enemigo vencido; no aumentar su fortuna con las victorias; ser terrible en el combate y humano despues de la victoria; añadir á la gloria de haber vencido un poderoso enemigo, la generosidad del vencedor de Poro.

Entre todos aquellos cuyo nombre conserva la historia, no se cuentan por verdaderos héroes sino á Focion y á Epaminondas en la Grecia; á Cincinato, Fabricio, Fabio y dos Scipiones en Roma; no porque sean estos los únicos que en la antigüedad se señalaron por sus hazañas, sino porque las virtudes que poseyeron estaban con poca aunque alguna mezcla de vicio.

La rapidez casi fabulosa de las conquistas de Alejandro y de César los eleva, aun hoy día, sobre los más famosos conquistadores; pero sus apreciables cualidades no igualaban á sus vicios y defectos.

Alejandro, esclavo de la lujuria y de la embriaguez, no tenia más ley que su orgullo: poseído de un violento deseo de gloria mal entendida, no siguió ni la justicia ni la humanidad: pródigo de la sangre de sus vasallos y de todo el género humano, sacrificó millones de almas á sus proyectos ambiciosos; encaprichado en imitar á Hércules, quiso extender más lejos que aquel sus armas victoriosas; ¿pero qué derecho tenia para hacer la guerra á unos pueblos que ni su nombre conocian? ¿Y qué semejanza se puede encontrar entre un temerario feliz y un conquistador como Hércules? El uno funda su gloria en destruir provincias, saquear imperios y en destronar reyes, y el otro en restablecerlos y asegurarlos en su trono, limpiar la tierra de malhechores, entre los cuales quizá hubiera conta-

do á Alejandro, si hubiese vivido en su tiempo. Alejandro oprimió á la humanidad y Hércules solo trabajó para hacerla feliz.

Más diestro en el arte que forma á los grandes guerreros, pero aún más depravado de costumbres que Alejandro, fué César, tan mal ciudadano como astuto político. Más ambicioso que Sila y Mário, creyó serle lícito todo lo que podía servirle para llegar al primer puesto de la República. ¿Pero el delito feliz dejará por eso de ser delito? Arrebatado del deseo de usurpar el supremo mando aspiró á la gloria de esclavizar su patria; fué bastante desgraciado, consiguiendo poner los primeros cimientos de un poder absoluto: esta fué la causa de los arroyos de sangre que vertió únicamente para cubrirse de una gloria delincuente; esta fué la causa del trastorno de las leyes de la República y de las guerras civiles que despedazaron las entrañas de Roma, borrando enteramente hasta las menores señales de su antigua libertad; este retrato es el de un ambicioso, y de ningun modo el de un héroe.

César no parece grande, sino cuando su valor es útil á su patria. Sus hazañas en las Galias, cuya conquista importaba tanto á la seguridad del imperio, su prudencia en proveer todos los sucesos, su sagacidad en formar proyectos, su actividad en aprovechar los recursos que su fortuna le presentaba, su modestia despues de la victoria, su moderacion, su clemencia; estas son las virtudes que un jóven guerrero debe proponerse por modelo.

Si fuese posible olvidar al matador de Clito en el amigo de Efestion, tambien seria Alejandro un modelo digno de imitarse. Su generosidad con Poro, su intrepidez en las batallas, su heroica confianza en su médico, su managnimidad despues de la victoria de Ismo, son rasgos que caracterizan al verdadero héroe y son los que hacen parecer verdaderamente grande á Alejandro.

Pero vengamos á nuestro tiempo, al siglo diez y nueve, en el que, como en los anteriores, pero más terrible, se levanta un gran héroe de la guerra: Napoleon I. Todos sabeis de memoria sus batallas, sus victorias, sus conquistas y los millones de hombres que sacrificó en su loca ambicion.

¿Qué fundó? Nada. Sus conquistas desaparecieron poco despues que el aire disipó el humo de sus combates; solo quedó el llanto que derramaban las madres que habian perdido á sus hijos; las huérfanas, cuyos padres quedaron tendidos en el glorioso campo de batalla. Si algo hizo bueno fué siempre, no en interés de sus pueblos, sino porque favorecia á sus planes guerreros.

Por todo lo que llevamos expuesto puede comprenderse fácilmente, que las proezas de los guerreros, que sus batallas, sus conquistas, léjos de servir para el bien de los pueblos y para hacer avanzar al hombre, solo han proporcionado males, no solo á las naciones contra las cuales dirigian sus vencedoras espadas, sino á aquellas que cubrian con el manto su gloria militar.

¿Qué ha sacado la civilizacion de tan brillantes conquistas, de tan grandes batallas, de tanta sangre derramada, no solo en la guerra,

sino en los múltiples asesinatos que cometieron estos guerreros, llamados héroes por algunos, para asentar su poder y para que se perpetuara en sus sucesores?

Nada, absolutamente nada.

Nosotros creemos que los verdaderos héroes no son estos, sino esos humildes hijos del pueblo, que pudiéramos muy bien llamar héroes del trabajo, que con su talento, su abnegacion y su desinterés han realizado esos adelantos y descubrimientos científicos con que tanto se envanece la civilizacion; que han hecho tan grandes estudios, observaciones y experiencias en la fisica y la química; que han hecho progresar á la geología, astronomía, cosmología y antropología; que han realizado obras tan importantes como la apertura del Istmo de Suez, la perforacion del Mont-Cenis, la invencion y aplicaciones de las máquinas de vapor; que han hecho inventos tan admirables y prodigiosos como el telégrafo y el ferro-carril, que acortan el tiempo y el espacio; que han surcado los mares en buques de prodigiosa velocidad; que han lanzado globos cada dia más perfectos á la region de los vientos; que han conseguido dominar las tempestades con el para-rayos; que han propagado la luz intelectual con la imprenta; que han llevado á cabo el descubrimiento de las Américas; que han dado la vuelta al mundo, hombres como Vasco de Gama, Magallanes y Elcano, cuyos viajes han servido para demostrar que la tierra no es plana, sino esférica; que han conseguido la emancipacion de millones de hombres de color; últimamente que han realizado tantas reformas, cambios, modificaciones y mejoras que han trocado por completo la faz del mundo.

En comprobacion de esto, vamos á permitirnos presentar á alguno de los héroes más preclaros del trabajo.

Para ello no tenemos más que fijar los ojos en las páginas de la historia: allí veremos la descripcion de aquellos tiempos en que las luces del entendimiento eran el privilegio de unos cuantos, tales como la iglesia, los príncipes, las cortes y los felices de la tierra, no descendiendo jamás á las últimas clases sociales. En aquellos tiempos en que la cabeza de la sociedad estaba en la luz, y los piés en la sombra, veremos aparecer á Guttenberg, viviendo por espacio de mucho tiempo olvidado de todo el mundo en un rincon de Maguncia, pero haciendo el descubrimiento más grande que reconocen los siglos: la imprenta. Por medio de ella se facilita la trasmision del pensamiento, multiplica y abarata los libros, los pone al alcance de las más ínfimas fortunas, ensancha el círculo de las ideas, hace su accion más poderosa, y lleva hasta el entusiasmo el ánsia de saber que se difunde con rapidez maravillosa y la ilustracion se pone al alcance de todo el mundo.

Mirad aquí un humilde convento de Franciscanos, á cuya puerta pidió un dia limosna un hombre que comenzaba á entrar en la edad madura, y que, sin embargo, tenia la cabeza cana, la cara arrugada por los profundos surcos del pensamiento y por los sacudimientos de la inspiracion; astrónomo, poeta, guerrero,

orador y navegante, desconocido en Italia, desconocido en Inglaterra, desconocido en Portugal y solo adivinado por la audacia de España.

Ved luego á aquel pobre viejo que, con tres miserables barcos, sale del puerto de Palos y se lanza, guiado por la ciencia, sobre un mar desconocido, y hace surgir de las embravecidas olas un nuevo mundo lleno de maravillas y de tesoros sin fin. ¿Cuánto no tiene que agradecer la humanidad á Colon, que hace entrar en el concierto de las naciones civilizadas á numerosos pueblos que permanecian ignorados de todos?

Y si Cristóbal Colon dejó trazado sobre las oscilantes aguas del Océano el camino que conduce á América, Galileo abrió al través de los cielos, por medio de su anteojo, el que lleva al espacio infinito, presentando á los atónitos ojos de la humanidad millares de mundos que ruedan en el Universo.

Más tarde se levanta otro héroe ilustre bajo todos conceptos: este héroe del trabajo es Franklin, uno de los fundadores de la República de los Estados-Unidos de América, y uno de los primeros sábios de su época. Nació pobre como todos los héroes del trabajo; pero poco le debia importar la falta de riquezas, si Dios le habia concedido una inteligencia superior, un gran corazon y una actividad sin límites.

A Franklin hay que estudiarle bajo dos puntos de vista: como hombre científico y como político.

Para probar los inmensos bienes que con sus descubrimientos y trabajos científicos trajo á la sociedad, basta citar un solo hecho: el para-rayos.

Como hombre político, fué tal vez más que Washington, el fundador de la nacionalidad de los Estados-Unidos.

Luego aparece Jorge Stephenson. Una sola frase basta para calificarle: fué el inventor de los caminos de hierro.

Stephenson nació pobre, su primera ocupacion fué guardar vacas; despues cuidó de una bomba en una mina; luego fué maquinista, y, por último, ingeniero notable, inventor de la locomotora y constructor de numerosos caminos de hierro. Inútil es ponderar las ventajas que ha reportado á la humanidad este invento; por él se han acortado las distancias entre las naciones y ha hecho que se aproxime el dia en que todos los hombres lleguen á considerarse como hermanos, terminando para siempre ese azote de la humanidad que se llama guerra, y con ella los héroes de la espada.

Todo cuanto han hecho los héroes de la guerra, solo ha proporcionado males á la sociedad; cuanto fundaron, ó desapareció rápidamente, ó muere hoy de debilidad y envilecimiento, no quedando de sus brillantes campañas más que el recuerdo de la sangre vertida y el odio en el corazon de los vencidos. Por el contrario, los héroes del trabajo han hecho avanzar rápidamente el progreso moral y material del hombre, haciendo más bien uno solo de estos á la humanidad, que todos los otros juntos.

ANTONIO GUERRA Y ALARCON

CONTRA ENVIDIA, CARIDAD

DIALOGO

—Mamá, mi maestro hoy,
explicando la doctrina,
llamó sublime, divina,
y santa á la caridad.
¿Por qué esos nombres tan bellos
la prodiga entusiasmado?
Eso será exagerado.
Dime, mamá, ¿no es verdad?

—¿Merece tan bellos nombres
una virtud tan sencilla,
que jamás, cual otras, brilla
con extraño resplandor?
¿Que desdeña las riquezas
con un desprecio profundo,
que solo anhela en el mundo
ir de la desgracia en pos?

—¿Que solícita se oculta
del pobre en la humilde choza,
que en la cabecera goza
del que padeciendo está?
¿Que solo el aire respira
corrompido por el vicio,
de algun miserable hospicio,
de algun lóbrego hospital?

—Vamos, mamá, no comprendo
de esa virtud la grandeza:
¿En qué funda su nobleza,
que yo encuentro baladí?
—Ten, hijo mio, tu lengua,
y no blasfemes; ten calma.
Yo te diré, hijo del alma,
lo que es caridad. —Sí, sí. —

—Destello divino de Dios bondadoso,
cual iris hermoso, del cielo surgió,
y al mundo, do gimen mortales sin cuento,
en alas del viento graciosa bajó.

Halló por doquiera sangrientos pendones,
armadas legiones, combates sin fin,
torrentes de sangre, mezquinas venganzas,
diabólicas danzas, clamor de festín:

Impuras ofrendas, altares profanos,
de seres humanos banquetes, ¡qué horror!
Idólatras cultos, costumbres livianas,
manchadas las canas, perdido el pudor:

El vicio en los tronos reinando doquiera,
huida, cual fiera, la hermosa verdad,
la santa justicia, que el vicio refrena,
cual tigre en la arena, prestando solaz.

Del carro dorado del rico opulento
miró al macilento esclavo tirar,
y á impulso de tralla, que cruge rabiosa,
su sangre preciosa con furia saltar.

Viviendo enterrados en vil catacumba,
que hacia de tumba y hogar á la vez,
halló á los cristianos, que á Dios siempre fieles
martirios crueles sufrían con fé.

Los tiernos infantes, apenas nacidos
con tristes vagidos temprana orfandad
al mundo anunciaban en plazas y calles;
más nadie sus ayes oyó con piedad.

En súplico tugurio, sin pan y sin lecho,
del fondo del pecho, apestando infeliz
lanzando mil quejas, que el mundo no oía,
al fin sucumbía al acceso febril.

De astuto corsario, que cruza animoso,
de oro ganoso, las playas del mar,
se miran cautivos mil héroes cristianos,
que elevan sus manos á Dios sin cesar;

Mas nadie sus quejas, que llegan al cielo,
escucha en el suelo con viva ansiedad:
y solo se mueve á tanto lamento,
de Dios instrumento—¿quién?—la caridad.

Tendiendo sus alas con plácido vuelo,
al alma consuelo nos trajo y la paz,
y el mundo abrumado de infamia infinita,
la gracia bendita sintió circular.

Cayeron con mengua las aras impuras,
brilló en las alturas de Cristo la Cruz,

huyó el paganismo, en vicios fecundo,
y el ángel inmundo rompió su laud.

Cesaron los ayes, cesaron las danzas,
las crueles matanzas cesaron también,
de bellas virtudes mil coros brillaron,
que al mundo tornaron en un bello eden.

—Basta, mamá, basta, basta.
Dios bendiga tu bondad.
¿Qué bella es la caridad!
Mamá, ¿me perdonas?—Dí.—
—Hijo mio, te perdono,
pues la escasez de los años
te hace padecer engaños,
¡y es la mentira tan vill...!

El ángel de las tinieblas,
abrasado de la envidia
continuo contra ella lidia
con desmedido furor.
Porque santa caridad,
patrimonio de cristianos,
nos hace á todos hermanos
con los lazos del amor.

—También dijo de la envidia
mi profesor muchas cosas:
pero, mamá, ¡qué horrosas!
Debe ser vicio infernal,
y que se ceba con saña,
como pantera hostigada,
en la honra inmaculada,
en la virtud celestial.

—Es, hijo querido, tan feo pecado,
que nunca á su lado la dicha se vé,
y al mismo envidioso, quizá en justa pena
con férrea cadena amarra á sus piés.

Inquieta, afanosa, febril, delirante,
acecha constante y con diente mordaz
destroza insidiosa al grande y al chico,
al pobre y al rico con saña tenaz.

Por ella se mueve la mano alevosa,
que roba á la esposa, con hoja sutil,
quizá larga vida de dulces encantos,
quizás hijos santos, quizás... ¡ay de mí!

Quizás tu cariño me robe algun día,
á tí, mi alegría... á tí, hijo, á tí...
que es sierpe que engaña con falsa sonrisa
que halaga cual brisa temprana de Abril.—

—No temas, mamá, no temas
que te falte mi cariño:
las oraciones del niño
siempre las escucha Dios;
y yo con fé ante las aras,
que velan su majestad,
pediré con humildad
que nos proteja á los dos.

¿Quieres, mamá?—Pide, sí,
que te inflame con la llama
de su amor, porque el que ama
á Dios, suprema bondad,
siempre evitará caer
de la envidia en el abismo
porque dice el Catecismo:
contra envidia, caridad.

ANDRÉS CASADO

LA MÚSICA

Una de las bellas artes, acaso para la que
todos manifestamos más ó menos inclinacio-
nes y revelamos disposiciones más ó menos
estimables, es el arte de Orfeo, arte al cual,
por lo bien que mueve los resortes del cora-
zon humano, ha dado en llamársele divino.

Bien es verdad que la música despierta y
enerva todo género de sentimientos, porque
sus notas, cuando son cadenciosas y sensibles,
dominan el espíritu y le hacen vagar por las
regiones del infinito, á merced de la inspira-
cion.

Con los escasos caracteres que se escriben
en el pentágono, se retratan todos los afectos,
todas las pasiones, hasta los pensamientos
del que dice, y esos caracteres encarnan poe-
mas bellísimos y delicados y describen el pes-
sar y la alegría, el dolor y el placer, atributos
naturales del espíritu.

La música elevada es la ostentacion del
génio, es el lenguaje purísimo del alma; por
eso se festeja á las vírgenes con música, por
eso se felicita y obsequia con música á los
dédos, por eso se ofrecen serenatas á los hé-
roes y á los hombres ilustres. El nacimiento
del infante deseado y los esponsales de la pu-
rísima doncella, se celebran siempre con mú-
sicas; con músicas se expresan las manifesta-
ciones del júbilo en todos los actos de la vida:
para celebrar un buen lote, la adquisicion de
honores y cuanto puede vanagloriar la efíme-
ra existencia; con músicas se solemnizan las
ceremonias del culto religioso; y, en una pa-
labra, que revela la grandilocuencia del arte,
el trono excelso de la majestad divina se
pinta rodeado de un coro dulcísimo de án-
geles.

¿La música! ¿Quién no ha modulado en su
vida notas más ó menos agradables y sonoras?
¿Quién no ha visto dibujarse en su fan-
tasia escenas ideales y tiernísimas, de esas
que halagan y deleitan, al percibir los acor-
des de la música? ¿Quién no se expansió ó
siente, segun las disposiciones del ánimo, en
presencia de una música clásica y severa?

¡Ah! Preciso era suponer que el hombre ha-
bia perdido por completo las impresiones in-
herentes á la materia; que se habia hecho del
todo indolente y que tenia un alma malvada
y envilecida, antes que considerarle indife-
rente y desapasionado por la música.

Es el lenguaje del alma, y el alma no pue-
de despojarse de ninguno de sus atributos.

Por eso suspendemos nuestras tareas para
saborear el deleite de las notas que nos sor-
prenden en medio del trabajo; por eso nos
solazamos en los ratos de ocio en teatros y en
cafés, por eso modulamos á solas la expresion
de nuestros afectos tiernos ó sentimentales.

Si las aves canoras tienen estimacion, es
por la dulzura de sus trinos; si la armonía y
belleza de la selva es el encanto de los hom-
bres, es porque está matizada con la armonía
y sublimidad del canto de las aves.

Con la música se expresan los delirios del
amor, la satisfaccion de los placeres, todos
los sentimientos del corazon; con la música
viva y apasionada se mitigan y aún se desva-
necen los pesares que engendran las desgra-
cias; con la clásica se despiertan las aficiones
á lo bello y á lo sublime; con la mística se
acercan el creyente hasta su Dios.

El individuo se solaza y divierte á solas en
su recogimiento; la familia aplaude y celebra
al inspirado músico, honra de la casa; la so-
ciedad corona á los génios. Un músico ins-
pirado arrebató á todo un respetable audito-
rio; suspende á las veces la ejecucion de obras
condenadas por la moral; inclina al bien y
despierta la emulacion al trabajo; restituye
el decoro al hombre que se abandona á la
perniciosa ociosidad, le alecciona deleitándo-
le y le aparta, acaso, de un caos peligroso y
fatal.

La música pone en accion los resortes del
sentimiento, y cuando el hombre siente agra-
dablemente, no puede pensar mal; tal es su
influencia.

La música modera los apetitos, enfrena las
pasiones, dulcifica los arrebatos de la ira; tal
es su mágico poder.

La música educa, la música instruye, la
música ciñe sobre las sienes de la inspiracion
los laureles de la gloria.

Por eso se la llama divina.

VICENTE D. BORDANOVA



LA MÚSICA.

Ayuntamiento de Madrid

BI
H. MEROTEC
MUNICIPAL

EL CASTILLO DEL BURGRAVE

LEYENDA ALEMANA

POR

JOSE MARÍA MEDINA

II

Era una edad borrascosa
en que todas las pasiones
juntas en liga asquerosa,
arrastraban las naciones
hacia una guerra espantosa.

La vieja Europa sentia
conmoverse sus cimientos
á la luz de un nuevo día,
y ya la espalda volvía
á sus viejos sentimientos.

Olvidando sus creencias
dejaba iniciar, tras muchas
abortadas turbulencias,
la lucha de las conciencias,
que es la peor de las luchas.

La tierra teutona era
el más entusiasta foco
de aquella terrible hoguera,
y fué un apóstata loco
quien empuñó la bandera.

El grito de rebelion
que lanzaba al Vaticano
con fanático teson,
retumbaba en la extension
de todo el país germano.

De Lutero la importancia
creció, y en grande abundancia
iban á formarle coro
muchos por amor al oro,
los más por crasa ignorancia.

La extraña predicacion
fué escuchada con fruicion
por los grandes y señores,
pues la nueva religion
dispensaba mil favores.

A los monges descontentos
de sus santos juramentos
ella anulaba los votos,
y declarándolos rotos,
arrasaba los conventos.

Por ella se saqueaban
las riquezas que albergaban
los templos y santuarios,
y á manos llenas pasaban
á sus ciegos partidarios.

Los que abjurar no querían
los dogmas de sus mayores,
perseguidos cual traidores
su existencia concluían
entre horriblos dolores.

Quien negaba la verdad
del credo de la Protesta,
perecía sin piedad

en una hoguera dispuesta
al grito de libertad.

Los modernos redentores
en sus tétricos furores
doquiera en nombre de Dios,
de sí dejaban en pos
rastros de sangre y horrores.

Los espíritus precitos
en sus designios malditos
siempre á Dios de lema han puesto,
y le toman de pretexto
para encubrir sus delitos.

Es un blasfemo aquel hombre
que, lleno de un odio insano,
en su rencor inhumano,
invoca su santo nombre
para matar á su hermano.

No es Dios la horrible figura
verdugo de su criatura
en su infinito furor;
Dios es bondad y dulzura,
Dios es templanza y amor.

Cristo en su vida ejemplar
nos enseñó á tolerar,
y murió entre dos ladrones
en actitud de abrazar
á sus crueles sayones.

Fiero torrente de males
la tierra fuera, y su estancia
odiosa á los racionales,
si no hubiera tolerancia
para todos los mortales.

El que más se distinguía
entre la falange impía
del heresiarca Martin,
era un señor que vivía
en las riberas del Rhin.

El Burgrave Ripuario,
de corazón refractario
á todo buen sentimiento,
era feroz, sanguinario,
crapuloso y avariento.

Hombre ruin y depravado
jamás en su vida supo
hacer bien al desgraciado,
pues nunca en su mente cupo
un pensamiento elevado.

Convertido en un sectario
de la nueva religion
y su primer partidario,
era tan solo un ladron
el Burgrave Ripuario.

De su tala desastrosa
ni de su incendiaria tea
libróse ninguna cosa:
ni la ciudad populosa
ni la miserable aldea.

Doquiera dejaba huellas
de sus hechos inhumanos,

pues sucumbían á sus manos
los jóvenes, las doncellas,
los niños y los ancianos.

Nunca en inaccion se hallaba
ni fué indolente ó reacio
en tomar lo que encontraba,
y todo cuanto robaba
lo llevaba á su palacio.

Tanto pudo atesorar,
que pensó en dónde guardar
mejor su riqueza inmensa,
porque siempre el ladron piensa
en que le pueden robar.

Su palacio en la llanura
no era vivienda segura
para el noble bandolero,
que temía por su dinero
con la mayor amargura.

Persistiendo en su incurable
miedo, el ladron formidable
quiso mudar sus rapiñas
desde las llanas campiñas
á un lugar inexpugnable.

Cierta noche el vendabal,
en silbido colosal
se desató, y en su seno
trajo el bramido del trueno
y la lluvia torrencial.

Al amanecer el día,
los vecinos habitantes,
con estupor y alegría,
notaron que no existía
el palacio donde antes.

Por un hecho extraordinario,
el alcázar nobiliario,
el signo de la grandeza
del Burgrave Ripuario,
era escombros y maleza.

Hoy los muros derruidos
de aquel alcázar germánico,
musgosos y ennegrecidos,
son los restos carcomidos
de un esqueleto titánico.

(Concluirá)



EL PADRE MARIANA

Nuestros jóvenes lectores han oído hablar indudablemente del Padre Mariana; muchos han leído, ó están leyendo, su *Historia de España*; no pocos querrán saber algo acerca de la vida de tan ilustre y respetable escritor, cuyo nombre es universal, y todos de seguro han de agradecernos las líneas que vamos á dedicar á la memoria del venerable sacerdote, gloria de nuestra patria.

El Padre Mariana vió la luz del día en el siglo XVI, en ese siglo brillante para nuestra historia, siglo de grandes descubrimientos, de notables empresas, de ideas sublimes, de numerosas conquistas; siglo en que florecieron nuestros más eminentes poetas y hom-

bres de ciencia, y en que nuestra Península, como dice un ilustrado escritor, había extendido su dominio más allá que ninguna otra nación del mundo.

Para aumentar, pues, las páginas inmortales de la historia del siglo XVI, vino el Padre Juan de Mariana á escribir un libro imperecedero, donde tuvieron cabida nuestros héroes y grandezas, nuestras glorias y poderío, en el sepulcro del olvido encerradas hasta entonces, ó en las hojas de algunas *Crónicas*, adulteradas casi por completo.

Esta obra fué la *Historia General de España*, que bajo el reinado del monarca absoluto Felipe II vió la luz, y que, hoy día (aunque se han escrito nuevas *Historias*, sin duda superiores, como la de D. Modesto Lafuente), tiene gran importancia y la seguirá teniendo, siempre que se pare mientes en la época en que se publicó.

En el siglo XVI, fué un verdadero acontecimiento, puesto que fué la primera *Historia* completa, extensa, detallada, severa é imparcial, que puso de relieve nuestros hechos gloriosos, hasta entonces oscurecidos, sin faltar á la verdad, sin dejarse arrebatar por el amor pátrio.

Y tan cierto es que Mariana hablaba siempre el lenguaje franco y desapasionado, que á gran maravilla se tienen hoy las ideas que exponía, los consejos temerarios que daba á los reyes y al pueblo en un siglo en que, según la feliz expresión de uno de sus panegiristas, «Carlos V concibió y Felipe II heredó el sueño de la soberanía absoluta en la Europa.»

Mérito grande fué, por consiguiente, el de Mariana, al dar á luz su obra en este período histórico, teniendo que luchar contra la intolerancia religiosa y el absolutismo más refinado: grande fué también, porque su *Historia* es un acabado modelo donde resplandecen todas las cualidades que deben distinguir al historiador, justicia, imparcialidad, juicio crítico desapasionado, método claro, ilustración y estilo correcto.

Todos cuantos del venerable jesuita se han ocupado, le reconocen las dotes señaladas, y todos enaltecen su memoria, porque es el padre de nuestra Historia. Falta hacia, en efecto, que España tuviera un historiador que realizara nuestra importancia al nivel de nuestros hechos. Todos los pueblos los han tenido. Roma tuvo á Salustio, á Tito Livio, Cornelio Nepote y Tácito; Grecia á Herodoto Tucídides y Xenofonte; las naciones modernas los suyos; solo España reclamaba un historiador digno de sus hazañas.

Cierto es que antes de Mariana hubo hombres ilustres, como D. Pedro Lopez de Ayala, Garibay, Zurita y el Padre Abarca, que dedicaron á la historia sus talentos; pero más bien como crónicas aisladas, y no muy imparciales, deben juzgarse sus trabajos.

Solo en el Padre Juan de Mariana ven todos al príncipe de nuestros historiadores.

Dediquemos, pues, algunas líneas á la vida de tan ilustre ingenio.

Según las versiones más generalizadas, el Padre Mariana nació en Talavera de la Reina.

El día 1.º de Abril de 1536 recibió el agua bautismal de manos del cura de Puebla Nueva, en la provincia de Toledo.

Recogido más tarde por su padre, recibió una esmerada educación en la Universidad de Alcalá, afamada por aquel tiempo.

La Compañía de Jesús empezaba á desarrollarse por entonces. Fundada por San Ignacio de Loyola, cobró más vida con su director San Francisco de Borja, conocido también por el duque de Gandía. Este ilustre jesuita fué el preceptor del Padre Mariana, que por el año de 1554 ingresó en la Compañía, permaneciendo dos años.

Terminado el noviciado, volvió á la Universidad de Alcalá, donde extendió más aún el círculo de sus ya vastos conocimientos. No hubo ciencia que no estudiase, ni idioma que no poseyese.

A los veinticuatro años, cuando los jesuitas acababan de fundar en Roma un Colegio modelo, el Padre Mariana obtuvo una cátedra de Artes, y más tarde de Teología, en esta escuela, creada por San Ignacio, y allí demostró también el tesoro de sus conocimientos y el influjo fascinador de su elocuencia.

Trasladóse después á Sicilia y á París, encargado de propagar los estudios, y en la Universidad de este último punto recibió el grado de doctor en Sagrada Teología, alcanzando allí su reputación el más alto grado, y siendo escuchado y aplaudido hasta tal punto, que un día, en que la clase donde explicaba se llenó por completo, uno de sus oyentes subió por una escala hasta una ventana de la cátedra, y desde allí se dispuso á escucharle sin que se le escapara la más pequeña frase. Advertido Mariana, dijo, dirigiéndose al intruso:

—*Qui no intrat per ostium, fur est et latro.*

(El que no entra por la puerta, es ladrón y salteador.)

A lo que contestó el estudiante:

—*Utique, domine, ad furandum tuam doctrinam.*

(Ciertamente, maestro, para robar vuestra doctrina.)

Durante cinco años ejerció en París la noble profesión de catedrático, hasta que al fin su continuo trabajo y la falta de salud, resentida por tan pesadas tareas, le obligaron á volver á su patria después de trece años de ausencia.

Dedicóse en Toledo con nuevo impulso á sus composiciones literarias; el Tribunal de la Inquisición le pidió que diera su parecer sobre un ruidoso proceso en que se acusaba de judaizante á Arias Montano; el gobierno le consultó repetidas veces en varios asuntos, y el mismo rey Felipe II le nombró colaborador de la completa edición de las obras de San Isidoro.

En medio de sus muchas ocupaciones realizó su gran pensamiento, escribiendo la obra que traía en mientes hacia tiempo, y que había de valerle tanto renombre. Escribió, pues, su *Historia de España*, cuya primera edición hizo en latín en tiempo de Felipe II; y más adelante hizo la segunda, traducida por él mismo al castellano, y dedicada á Felipe III, de la cual hemos hablado más arriba.

Otra de sus obras, que le valió grandes persecuciones por las ideas que contiene, es el tratado de *Rege et Regis institutione*, libro escrito y dedicado á Felipe III, de cuya educación se encargó D. García de Loaysa.

En este libro se habla de la potestad real, declarando que el príncipe está sujeto á las leyes, que la soberanía reside en la nación, que si el rey falta á la ley no hay obligación de obedecerle; ideas todas, como se vé, impropias de aquella época en que el absolutismo más exagerado se enseñoreaba triunfante en España.

Ocurrió por entonces el asesinato de Enrique IV de Francia por el francés Ravillac, y se dijo que el regicidio tuvo por causa la lectura del libro del Padre Mariana, y el Parlamento de París condenó la obra á las llamas en 1610.

Otro libro, *De moneta mutatione*, le valió ser encarcelado en una celda de San Francisco el Grande de esta villa, donde, según se dice, permaneció un año, hasta que rehabilitado por completo, se retiró á Toledo, corrigió su *Historia de España*, y entregó su alma al Criador el 16 de Febrero de 1623.

Su vida, dedicada por completo al estudio, fué siempre un modelo de virtudes.

En Toledo deben reposar sus cenizas. Sin embargo, uno de sus biógrafos dice, y con esto terminamos:

«En Toledo buscamos en vano el lugar en que reposan los restos de este hombre ilustre, que vivirá, sin embargo, en la memoria de los españoles tanto como su *Historia*, tanto como la España.»

RICARDO SEPULVEDA

FABULA

—Me dicen que soy muy fea, más no lo quiero creer; sin mi propio parecer no es posible que lo crea. Así una joven decía con mucha curiosidad, por saber si la verdad aquel rumor desmentía. Pero quiso su fortuna que se encontrase un espejo, y al punto vió su reflejo en la trasparente luna. Con ansia espera indecible que se resuelva el asunto; y el espejo, en aquel punto, dijo que sí, que era horrible. Mas la joven, en su rabia, dióle un golpe tan brutal, que saltó roto el cristal del espejo que la agravia. Pero en su fúria y sus gritos, miró que el espejo, roto, seguía dando igual voto en todos los pedacitos. Con esto, desalentada, su locura comprendió, y así, con pena, exclamó al caerse desmayada:

«¡Ay! ¡qué loca vanidad!
En vano aquel que se ofende
callar la verdad pretende:
siempre, al fin, es la verdad.»

ALFONSO E. OLLERO

JUSTICIA REPARADORA

Con la satisfaccion del maestro que encuentra la ocasion de celebrar los adelantos de sus discipulos; con la satisfaccion que experimenta el escritor que consagra sus desvelos á difundir los beneficios de la educacion, cuando se presenta á sus ojos un escolar aprovechado y juicioso, leemos, poseidos de legítimo orgullo, los partes y noticias relativos á los niños heridos por el atentado de la calle de San Opropio, y muy señaladamente las que hacen relacion al hijo de Mr. Carlos que, como es ya público, en su delirio, lo mismo que en sus períodos lúcidos, solo manifiesta deseos de restablecerse para demostrar su aptitud en el exámen de prueba de curso.

Y es tal nuestra satisfaccion y tal nuestro deseo de que el hecho se divulgue para estímulo de cuantos se dedican al estudio profesional, que desde luego le presentamos á la consideracion de los estudiantes como modelo digno de imitacion.

Pero al cumplir el deber que nos impone nuestra condicion de escritores dedicados á la defensa de los intereses de la enseñanza, que es la mision de nuestra modesta revista, cábenos tambien la satisfaccion de aplaudir, sin reserva, la medida reparadora que el señor ministro de Fomento ha dictado para aliviar, en parte, los dolores que simultáneamente sufre el hijo de Mr. Carlos.

El ilustre jefe del departamento de Instruccion pública no ha podido mitigar el padecimiento físico que aqueja al infortunado niño; pero ha dictado una real orden para que, teniendo en cuenta su singular situacion, pueda examinarse en Setiembre ó cuando sus heridas se lo consientan, sin que le sirva de perjuicio en su carrera la tardanza, con lo cual alivia el pesar moral que le aflige.

Persevere en su noble aficion al estudio el joven Carlos Loné sirviéndole de consuelo las generales simpatías que ha sabido despertar en todos los amantes de las letras y gentes de recto juicio, y reciba el señor ministro el espontáneo aplauso que por doquiera se le tributa por el acto de reparadora justicia que acaba de acometer.

X

Gimiendo la pereza
bajo una paja,
decia: ¿Quién resiste
tan récia carga?
¡Ay! El trabajo
leve paja es al bueno;
montaña al malo.

TIMOTEO D. PALACIO

TODO

SONETO

Si esta breve existencia es la jornada
que debemos andar sin rumbo y tino,
bien quisiera al final de mi camino
haber llegado ya, sin saber nada.

Pues hoy, que á conocer la infortunada
realidad de las cosas ¡ay! me inclino,
aunque joven, cansado peregrino,
solo ambiciono hallar la paz soñada.

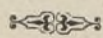
Y pues en este mundo transitorio
no he de encontrar alivio á mis dolores
ni tregua en el pesar hondo y severo,
sea pronto mi lecho mortuario,
Justo Dios, la primera de mis flores,
ya que de tu piedad todo lo espero.

FRANCISCO ARECHAVALA

El día 18 se celebraron en Newcastle-on-Tyne las fiestas del Centenario de Stephenson, el ilustre inventor de la locomotora.

Con este motivo se han publicado curiosas estadísticas. Las vías férreas inglesas han costado diez y ocho mil millones, las líneas francesas, belgas, alemanas, americanas, italianas, españolas, rusas, austriacas é indianas, hacen un total de cien mil millones de francos.

Hé aquí una buena suma gastada solo por una idea que se le ocurrió á un aprendiz mecánico que ganaba doce cuartos diarios.



Tenemos el gusto de participar á nuestros constantes favorecedores, que el erudito y notable escritor D. Basilio Sebastian Castellanos colaborará en lo sucesivo en nuestra modesta publicacion.



EL EXCMO. SEÑOR

Don Ventura Ruiz Aguilera

GRAN CRUZ DE ISABEL LA CATÓLICA, COMENDADOR DE LA ÓRDEN DE CRISTO DE PORTUGAL Y DE LA DE LEOPOLDO DE BÉLGICA, DIRECTOR DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL, JEFE DE SECCION DEL MISMO, VICE-PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD DE ESCRITORES Y ARTISTAS, COLABORADOR DE «La Ilustracion de los Niños,» ETC., ETC.,

HA FALLECIDO EL DÍA 1.º DE JULIO DE 1881 A LAS CINCO DE LA TARDE

R. I. P.

El insigne autor de ECOS NACIONALES y de LAS ESTACIONES DEL AÑO, ha bajado á la tumba, dejando un vacío inmenso en nuestra literatura contemporánea. Las columnas de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS, que tantas veces fueron honradas con los divinos y dulces destellos del alma del candoroso poeta popular, se ven hoy orladas por la funeraria cruz, símbolo de la muerte de nuestro amigo y maestro. Llena del más profundo pesar por tan irreparable pérdida, le dedica una lágrima de gratitud y un adios de despedida hasta otro mundo mejor

La Redaccion.